

Siempre hay cobertura

Antonio Peralta P. FMS*

*Si pudiera compartir mis tesoros contigo
te enviaría constantemente bendiciones
desde la profundidad y la belleza de cada día.*

*Sellaría tu sonrisa con el amanecer;
echaría hojas en el camino de tu vida,
las más tiernas hojas verdes
y las más profundas del otoño.*

*Cogería al menos tres arco iris,
y pondría una gaviota en cada uno
para que te trajeran constantes saludos
desde el corazón del Trascendente.*

*Susurraría preguntas
a los rincones silenciosos
de lo alto de las montañas
y del corazón del mar.*

*Llamaría al ciervo
y a todos los animales
para que corrieran contigo felices.*

*Pediría a cada árbol,
a los de porte más majestuoso,
que te cubrieran con su cuidado constante.*

*Pediría a la brisa de las nubes
que compartiera su lluvia
cuando necesitaras sentirte bañada.*

*Te cogería por la mano
y mantendría tu corazón cerca del mío,
para dejarte escuchar el amor constante
que llevo por dentro.*

*Y sobre todo,
uniría mi corazón con el tuyo
y te haría compartir el camino del amor
que Dios ha hecho crecer
en la profundidad de mi espíritu.*

(Joyce Rupp)

* Viceprovincial (Residente en Bolivia).

Todo tiene la huella de Dios y en cada cosa El quiere compartir sus tesoros con nosotros. Basta con tener despierto el deseo de su presencia y abierto nuestro canal de comunicación. Desde la encarnación de Jesús, el mundo, la historia, los pequeños relatos de cada día se convierten en materia prima para comunicarnos con El. En Jesús la nostalgia del amor, de comunicación íntima con el Padre es posible siempre y en todo lugar.

En este sentido, siempre he quedado fascinado con el testimonio de los creyentes de la Biblia, a la hora de entablar comunicación con el buen Dios en los lugares más inverosímiles. Ellos encuentran siempre la cobertura que les posibilita el diálogo con el Dios que les apasiona. En efecto, al hacer un recorrido bíblico, los encontramos orando en el ruido de una tempestad (Mt 8, 24) o en un “débil murmullo de silencio” (1 Re 19,13), junto a un pozo (Gen 24) o en la orilla del mar (Ex 15); en medio de una gran multitud de gente (Mt 14, 14) o en la soledad más profunda (Mt 4, 1-11); al lado de una tumba (Jn 11, 41) o en el dormitorio junto a la cama (Tob 8 5); con un niño en brazos (Gen 21, 15) o rodeado de leones (Dan 6, 23); en la actividad desbordante del día (Lc 10, 40) o en el descanso de una noche estrellada (Gen 28). A veces de modo consciente o a veces dormidos con la consiguiente sorpresa como le pasó a Jacob: “Realmente está el Señor en este lugar y yo no lo sabía” (Gen 28,16).

Y lo que más me impresiona es que ellos entablan comunicación no desde los momentos anímicos más idóneos, sino que se dirigen a Dios cuando están llenos de rabia y furia o cuando se sienten con el corazón agradecido; claman a El en los límites de la rebeldía o el escepticismo lo bendicen o lo increpan desde la más profunda confianza o desde el abismo de la desesperación.

Una de las mayores dificultades que encontramos para orar es que nos empeñamos en conectar con Dios desde situaciones diferentes a las que realmente vivimos. Siempre buscamos el momento o lugar “ideal” y ese momento siempre se hace esperar tanto que pocas veces llega. Nos afanamos buscando un lugar apropiado, lo dejamos para cuando tengamos tiempo, para cuando “esté menos fatigado”. Y todo son excusas y aplazamientos para después. Sin embargo, esta situación que vivo ahora, este acontecimiento que me alegra o agobia, este encuentro con una persona, es el “lugar ideal”, “la zona de cobertura” desde la que puedo entrar en contacto con ese Receptor que siempre está al otro lado, en conexión permanente, esperando para acoger mi palabra. Por tanto, el secreto para comunicarme con El está en ampliar la cobertura a las zonas cotidianas en donde cada día se desarrolla la trama de nuestra vida.

COBERTURA DESDE EL MONTON DE ROPA SUCIA

La fatiga del día me arrastra ante el cuartito reservado para trastero, botiquín, lavandería, almacén, guardarropa... Normalmente se requieren grandes cantidades de disciplina para mantenerlo en orden. Pero hoy resulta imposible avanzar un paso: el generoso cesto de ropa sucia vomita una colada descomunal y esparce restos por doquier. El espectáculo ciertamente hiere la vista; un brindis al desánimo al final de la jornada.

Dudo entre afrontar un nuevo turno de lavadora, o bien cerrar la puerta y marcharme a recitar las últimas plegarias frente al rincón que nos sirve de oratorio. Al final he decidido intentar una simbiosis arriesgada: convertir en plegaria los sentimientos que me suscita esta situación Y, de este modo, comienzo mi queja ante el Señor: “Me encuentro impotente. No

soporto este nuevo encuentro con mi limitación...” Después de haber ido resolviendo de forma más o menos exitosa los retos del día, me doy de bruces ahora con mi finitud, con mi manifiesta incapacidad para hurtarle más horas al sueño.

De pronto, en un momento de silencio -con el intento de escuchar un consuelo de parte de esa Presencia Amiga-, descubro que hay algo que me irrita profundamente más que mi cansancio: que las prendas “descolocadas” en el cubo de plástico durante las últimas horas... son las mismas que lavé-tendí-recogí-planché-doblé-ordené escasos días atrás. ¡Ah qué inútil tarea se me antoja ahora! ¿En qué han quedado todas esas horas de sufrida dedicación? Y lo que es peor, ¿tiene sentido un nuevo esfuerzo titánico para repetir mañana esta misma oración-desahogo?

Percibo con ansiedad el torbellino de labores domésticas: asear para ensuciar, cocinar para consumir, lavar para manchar... Y así, día tras otro. Platos, ollas, calcetines, cristales, porotos, azulejos... son para mí como trampas mortales en donde caen mis buenos propósitos, son pozos sin fondo en donde se precipitan los esfuerzos sinnúmero de la vida cotidiana.

Junto al cubo de ropa pido a Dios por tantas amas de casa desquiciadas por esta rutina aplastante. (¡Qué eficaz dominio sobre la mujer ha sido recluirlas en un rol tan absorbente!) Lo bendigo también por todas aquellas capaces de trascender lo aparentemente servil en gestos constantes de cariño y ternura por los suyos. Su heroicidad, aunque tantas veces oscurecida, no deja de ser magnífica. Demuestran una sabiduría paciente, inconmensurable. Una constancia tal que es capaz de aglutinar, de sostener, de expandir vida a puñados de arroz o a remiendos de paño.

Esta noche te ofrezco, Señor, mi cansancio, mi derrota. Ante este montón de ropa, pienso al menos que Tú, cuando te detengas a contemplar mi vida -igualmente desaliñada y desbordada por los errores de cada día- tendrás una mirada mucho más benevolente que la mía. Que no cederás al desánimo ni a la desconfianza. Seguro que Tú eres capaz -quién si no- de ver más allá del desorden, de lo sucio, y, rebuscando, incluso dar con prendas de valor incalculable. Hasta decir: “¡Este es mi hijo querido, de quien me complazco!” (Lc 3, 22).

CLAVES PARA ORAR

- Coloca delante de ti varios objetos que sueles utilizar cada día: lapiceros, libros, un paño de cocina, unas monedas... Juega con ellos. Contéplalos. Percibe los sentimientos que suscitan en ti.
- Enciende una vela y mantenla en tu mano mientras oras para que se reavive el fuego de Dios en ti, ya que por momentos parece apagarse a causa de la monotonía de lo cotidiano.
- Deja que tu oración exprese gratitud por la chispa de Dios que irradia en ti.
- Repasa situaciones similares a las del cubo de ropa en las que has encontrado cobertura para hablar con El.
- Renueva tu compromiso de fidelidad a las personas significativas de tu vida: tu esposa, un amigo, tus compañeros de comunidad, tú mismo, Dios. Renueva también tu

fidelidad a tus sueños y proyectos de futuro.

- Repite agradecido las palabras que hoy Jesús te dirige de nuevo: Tú eres mi hijo/a, en quien me complazco.

COBERTURA DESDE UNA DISCOTECA

Hace pocos fines de semana fui invitado por unos alumnos a salir con ellos. Era sábado y ya me imaginaba qué significaba eso de “salir”: aparte de alterar mi horario de descanso nocturno suponía meterme en un mundo que, de entrada, no me apetecía; música ruidosa, tabaco, alcohol, temas que están en otra onda... A pesar del rechazo inicial que pasó por mi mente, acepté la invitación por el cariño grande que les tengo. Y allí estoy en plena “fiebre del sábado noche”: a horas tardísimas, envuelto en una música a altos decibeles, con pasada constante de traguitos y en una atmósfera cargadísima de humo... Y sin embargo, siento que estoy muy a gusto con ellos. Nunca pensé poder conocer el mundo de mis alumnos de esa manera y con esa profundidad.

Uno me cuenta el drama que vive en su familia a causa de los graves problemas entre sus padres. Otro sus inquietudes por trabajar de voluntario en una ONG y poder ofrecer un servicio gratuito a gente necesitada. Pedro me relata su largo calvario por ocultar su homosexualidad y Karlita la depresión que vive por haberse sentido engañada por su chico. Y entre historia e historia... lágrimas, risas, cantos y traguitos. Y demasiado tabaco y demasiados decibeles. Mi cabeza está para reventar pero me siento feliz.

Mientras ellos bailan, yo los contemplo y me vienen a la mente escenas en las que Jesús se encuentra con jóvenes:

- Los discípulos no han podido liberar al joven de los espíritus “inmundos”, sin embargo, Jesús increpa a los espíritus que salgan del joven; le toma de la mano, le levanta y el joven se pone de pie (Mc 9,14-19).

- También a la hija de Jairo, que ya tenía doce años (edad en la que dejaba de ser niña), le toma de la mano y le dice. “Muchacha, a ti te lo digo, levántate” (Lc 7, 11).

Me imagino a Jesús al lado de los jóvenes lleno de ternura, de cercanía, de esperanza, capaz de darles nueva vida. Me lo imagino en escenas parecidas a las que yo vivo ahora. En medio de la música ensordecedora voy diciendo sus nombres, le voy hablando a Jesús de cada uno y le pido que también a estos me los tome de la mano y los levante para que queden libres de tantos malos espíritus que no les dejan ser felices. Le agradezco también por cada uno de ellos: por tanta vida como hay en su corazón, por tanta generosidad y audacia. En este sentido pienso que si mucho se ha dicho que las mujeres fueron las primeras en llegar al sepulcro de Jesús, llama la atención que Marcos presenta a otro personaje que ya estaba allí: un joven vestido de blanco (Mc 16, 5). Es él quien anuncia a las mujeres la Buena Nueva de la resurrección de Jesús. Es también un joven el que misteriosamente seguía a Jesús durante su pasión y escapó desnudo (Mc 14, 51), como los valientes... *y el más esforzado entre los bravos huirá desnudo el día aquel, oráculo de Yahvé* (Am 2,16).

Cuántos mensajes me has enviado esta noche en medio de estos postmodernos. Yo pensaba

que iba a ser una noche oscura y ha sido una noche de estrellas, en la que Tú has estado tan presente y tan en conexión. Han pasado bastantes horas y la noche casi quiere tocar al día. Mientras vuelvo a casa, van pasando por mi mente los rostros y las historias compartidas con cada uno.

Sigo hablándole a Jesús:

Ayúdame a creer en los jóvenes, que son testigos de tanta muerte y, al mismo tiempo, anuncian una nueva vida. Enséñame a saber acercarme a ellos con delicadeza, invitándoles a levantarse (sin imponerles), dejando que ellos mismos se vean de pie y empiecen a caminar, porque ya no son niños. Dame su audacia juvenil para ser testigo de la vida abundante que Tú nos regalas.

CLAVES PARA ORAR:

- *Date un tiempo para conocer al joven que hay dentro de ti. ¿Necesita tu joven interior ser levantado, sanado o incluso resucitado?*
- *Haz una lista con los signos de audacia “juvenil” que hay en ti. Agradece.*
- *Alista también tus miedos y parálisis. Pide a Jesús que te cure, que te levante, que te ayude a caminar.*
- *Escucha una música juvenil. Percibe los mensajes de vida que hay en ella. Ora desde esos mensajes.*
- *Da gracias por los jóvenes que forman parte de tu vida. Preséntale a Dios sus nombres.*
- *Atrévete a hacer algunas cosas que normalmente no te atreves a hacer porque otros pueden no aprobarlo o porque te puedas sentir un poco incómodo. Por ejemplo, anda descalzo, ponte la ropa que realmente te quieres poner en lugar de la que se espera de ti, lee un libro de Harry Potter, tararea una canción en un ascensor, da una miradita cariñosa a tu cuerpo.)*

COBERTURA DESDE EL AGOTAMIENTO

El último mes ha sido de infarto; Más de 3.000 kilómetros de viaje:

Visita a cuatro colegios: entrevistas con directivos, con diferentes equipos de coordinación, con los tutores, con padres de familia, cursillo para catequistas... Traslado a la capital para la reunión nacional de Fe y Alegría. Y de vuelta me espera Luis, un cohermano muy enfermo (lleva dos meses en el hospital), con quien quiero pasar la noche. Sentado al lado de Luis me asalta la mala conciencia por el mucho tiempo que llevo sin una oración serena y empiezo a hacer cálculos para programarme un retirito. Pero las fechas no aparecen. La agenda está llena. En este

momento siento que, desde mi agotamiento y fatiga, Dios tiene abierto su canal. Hay cobertura:

- Me hago consciente de mis cansancios.
- Intento no rechazarlos.
- Voy poniendo nombres: este dolor de espalda por esos viajes eternos de tren, la tensión interior por problemas de este último tiempo. Y ahora estas molestias de estómago
- Varios amigos me han dicho que me perciben cansado y yo lo he negado.
- Tengo derecho a estar cansado. Me siento débil.

Abro el evangelio de Juan y leo: *“Jesús, cansado del camino, se sentó junto al pozo. Era mediodía”* (Jn 4, 6). Le miro tan cansado y fatigado como yo. Me acerco y me siento a su lado en el brocal del pozo. La verdad que no tengo muchas palabras para compartirle y veo que Jesús también opta por el silencio. En un momento le miro y El me devuelve la mirada. Estamos los dos calladitos, pero comunicándonos por una extraña complicidad. En un momento me dice con suma delicadeza: Vente conmigo cuando estés triste y abatido. Así nos hacemos compañía y descansamos juntos. Es lo que hago yo con mi Padre y la verdad que estar con El me serena y me da mucha paz.

Jesús me empieza a hablar de gente que aparece en la Biblia sumida en el agotamiento y en la tentación por retirarse de la misión encomendada. Me sorprende este relato de nombres y situaciones pues yo siempre había pensado que eran gente tan fuerte y capaz. Y ahora según lo que El me cuenta, les contemplo como gente de carne y hueso, con los nervios a 200 por hora y con ganas de “tirar la toalla”:

- Me habla del “protestón” de Jonás, enojado por tantas cosas pero especialmente por lo del ricino (4, 8). Curioso este personaje. Modelo de prisas, huidas, enojos y coberturas insospechadas.
- Me habla de Elías, ese superprofeta apasionado por Dios y por su causa, que cae agotado en el desierto y se desea la muerte, mientras huía de Jezabel. Unas palabras pronunciadas en su oído invitándole a seguir el camino y un poco de agua y pan, puestos con ternura en su cabecera, le devolvieron el ánimo para seguir caminando a su cita con Dios en el Horeb (1 Re 19).
- Moisés también se encuentra agobiado y cansado por las quejas y la rebeldía del pueblo a él encomendado. La escena narrada en Nm 11, 11-15 es una maravilla de coloquio entre Dios y su caudillo realizado con la mayor cercanía y sin mucha diplomacia por parte de Moisés.
- Me habla, además, del agobio de su amiga Marta la de Betania, siempre tan afanada en los preparativos para recibirle y acogerle (Lc 10, 38-42). Me dice que el reproche que le hizo no fue por su activismo, sino por olvidar la importancia del descanso y el disfrute en la actividad que se lleva entre manos.

También yo le cuento de mis amigos que lo están pasando mal:

- Le hablo de Patricia que tiene un tumor muy delicado en su cabeza y no consigue descansar ni de día de noche. Y aparte de sus fuertes dolores, su gran agobio es el no poder atender a sus cinco hijos pequeños.
- Le hablo de Sara que ya lleva dos meses en el hospital acompañando a su madre, enferma de alzheimer y no la pueden dejar ni un momento sola.
- Le cuento lo de Virginia, una vecina que tiene dos hijos trabajando en Europa y a uno de ellos lo han detenido por traficar con drogas. Si su alma antes estaba en vilo por la distancia de sus hijos, ahora una preocupación mayor.
- Le ruego especialmente por Tatiana, una alumna de 15 años que se ha quedado embarazada y que a veces se ve agotada por la presión ambiental para que se deshaga del hijo que lleva en sus entrañas.
- Y finalmente le nombro a Jimmy, a Carlos y a Waldo cuyas historias El ya conoce.

Nos quedamos callados otra vez. El me propone que depositemos todas estas fatigas entre las manos de su Padre y que reclinemos la cabeza en su regazo. Lo hago y, por unos momentos, me quedo dormido. Me despierto y me sigo percibiendo muy cansado, pero es un cansancio distinto. Respiro profundamente. Gracias. Hasta mañana.

CLAVES PARA ORAR

- *Pon nombre a tus agobios, a todo aquello que perturba tu alma en este momento.*
- *Escucha de Jesús los nombres de personajes agobiados en la Biblia. Piensa en los nombres señalados o en otros.*
- *Háblale de las personas que viven situaciones más complicadas y angustiosas que tú.*
- *Pon tus cansancios y los cansancios de tu gente entre las manos del Padre. Reclina la cabeza en su regazo. Quédate dormido como niño en brazos de su madre.*

COBERTURA AL PASEAR POR LA CALLE

Acabo de abrir el correo y he leído las lindas palabras de Laura. Me agradece mi llamada telefónica por su cumpleaños y me relata después los múltiples detalles que recibió en ese día. La noto tan plétórica que logra contagiarme su entusiasmo. Me alegro mucho con ella. Me encantó leer nuevamente sus palabras en las que me dice que me quiere mucho como amiga y hermana. Hace tiempo que nadie me decía esto y la verdad que me he sentido muy feliz.

He salido a la calle cantando y contemplando el espectáculo siempre nuevo del día que recién se estrena. Qué maravilla el canto de las aves, el azul inmenso del cielo, el olorcito a tierra

mojada por causa de la humedad de la noche. Qué gusto esa brisita fresca que ahora acaricia mi rostro. Me paseo por el barrio y me encanta ver a la gente arreglando sus casitas, barriendo y regando sus puertas. Me encanta pasar por el mercado popular, especialmente por la zona de las verduras y de las flores. La mezcla de olores es un regalo. Me fijo en los rostros de las mujeres que venden. Qué fuerza se ve en sus manos y en su cara, expresión de la fuerza y la esperanza en la lucha por la vida de cada día. Suenan canciones románticas y la gente las tararea en expresión de alegría y ánimo.

Me dirijo a mi lugar de trabajo lleno de paz. Con un contento especial y con una especial comunión con todo lo que me rodea.

Comienzo a dar gracias al buen Dios por tanta vida regalada. Le digo varias veces “gracias” y me lo imagino paseando conmigo y cantando mis canciones. Paso por delante de un colegio y veo a niños preparando unas danzas y también ahí descubro a Dios bailando con ellos y disfrutando de la vida. Me imagino a nuestro Dios tan alegre, tan feliz, tan en sintonía con el mundo que se renueva cada mañana.

Repito las palabras de Jesús: “He venido para que tengan vida y vida en abundancia” (Jn 10, 10) y estoy seguro que dentro de esa vida Él pensaba también en el gozo, en la alegría, en el canto y en la fiesta. Pienso en los milagros narrados en el evangelio de Juan y me sorprende con qué fuerza manifiestan esta vida abundante que Dios nos regala: vida como salud (hijo del funcionario real), vida en el sentido más elemental (caso de Lázaro), fortalecimiento de la vida (paralítico), dignidad de la vida (ciego de nacimiento), vida como compartir (Jn 6), vida como goce, derroche y disfrute (bodas de Caná). Así que con este aliento de Dios sigo mi caminar por la nueva jornada.

CLAVES PARA ORAR:

- *Da un paseo. Detente a mirar las muchas cosas verdes que forman parte de la tierra que florece. Si encuentras flores o brotes en los árboles, tómate tiempo para tocarlos. Deja que te “hablen” de esperanza, de novedad, de vida.*
- *Haz una lista de cosas pequeñas, sencillas que en los últimos tiempos te han dado vida, te han producido alegría, han hecho que te sientas bien.*
- *Anota las palabras y los gestos de cariño que te han dirigido en los últimos tiempos. ¿Qué te dicen todas esas cosas?*
- *Agradece, canta, danza...*